

Suplemento extraordinario de "trabajo."



Siguiendo el plan de reformas que nos tenemos trazado desde el principio de la publicación de nuestro semanario "trabajo" damos hoy este primer suplemento extraordinario, que repetiremos siempre que por algún acontecimiento interesante lo creamos conveniente. Considerando que el artículo de Don Ramón J. Sender, publicado en EL SOL de Madrid el día 5 del actual, tiene un grandísimo interés para las clases proletarias, lo reproducimos íntegro con el propósito de darle la mayor difusión posible entre nuestros camaradas.

Copiamos al pie de la letra:

La F. A. I., Meciá, la Revolución y la C. N. T.

Contestación a «El Sol»

He aquí que un joven escritor español, querido y admirado en esta Casa, D. Ramón J. Sender, nos envía una defensa de la Confederación Nacional del Trabajo y de la Federación Anarquista Ibérica, replicando de ese modo a un editorial publicado hace pocos días por «El Sol». No es necesario decir hasta dónde discrepamos de la doctrina que el autor de Imán presenta en sus cuartillas. Es bien clara nuestra posición y terminante nuestro alejamiento de los extremismos que en este trabajo se celebran.

Tres razones nos mueven a publicar el artículo del Sr. Sender: la autoridad de su firma, su condición de redactor de «El Sol» durante siete años y el hecho de que se soliciten nuestras columnas para contestar precisamente juicios, apreciaciones y actitudes de este periódico.

Dice el Sr. Sender:

En el artículo que días pasados publicaba «El Sol» sobre el momento social y político de Cataluña se rozaban cuestiones fundamentales de la vida orgánica de la C. N. T., dejando en el aire afirmaciones ligeras. Es conveniente dar a esas afirmaciones su gravedad específica y dejarlas sentadas no en el aire ni en los escanos del Congreso—donde a la ligereza se le ha querido dar últimamente una consagración nacional—, sino en la tierra firme de los hechos.

Como consecuencia de la reunión de diputados de la izquierda catalana, ha sido preciso que la Prensa estableciera puntos de vista concretos—la Prensa se recrea ahora más que nunca con las vaguedades—, y los ha buscado por el camino del menor esfuerzo. En lugar de ver que la salvación de la República española es sólo posible llevándola al plano en que la izquierda catalana se mueve, porque fuera de ese plano todo es desorientación, vaguedad y liberalismo monárquico, se prefiere explicar el fenómeno de Cataluña por la C. N. T. De paso procuran desprestigiarla con los mismos argumentos con que atacan a la izquierda catalana: el pacto con el sindicalismo. Un pacto que no existe, pero que si existiera sería a base de una separación absoluta de principios, con concesiones de la izquierda catalana que harían de la presión de la C. N. T. una influencia progresiva revolucionaria. Como se vé, esto sería precisamente lo contrario de lo que la U. G. T. ha hecho en su pacto con los republicanos. Un pacto en el que las concesiones de la República son privilegios personales contra todo principio de clase, e incorporar como por soborno al ritmo bur-

gués y conservador de la República al sector del proletariado. Esto tiene para las organizaciones obreras de la U. G. T. una significación bien neta, y lo interpretan con una palabra muy dura: traición.

Pero suponiendo que ese pacto existe entre la C. N. T. y la izquierda catalana—ya se ha demostrado oficialmente que no existe—, se arremete contra la Confederación afirmando el predominio de la F. A. I. Federación Anarquista no internacional, aunque de hecho lo sea, sino Ibérica, hasta ejercer una dictadura en todos los sectores de la organización obrera revolucionaria. Con esa fórmula queda ya todo resuelto. Como «El Sol» asegura que los elementos de la F. A. I. son irresponsables, esa irresponsabilidad cae de lleno sobre la C. N. T., y queda ya una opinión dispuesta para acomodarla a todas las actuaciones de la organización. Pero esa dictadura de la F. A. I. ni es cierta ni es posible. Los mismos militantes *faístas* lo rechazarían por su amor a la verdad y porque sus convicciones, a las cuales guardan fidelidad ejemplar, vedan ese género de coacción. También porque no existe ni puede existir en los Sindicatos la disposición al vasallaje. Si la F. A. I. tiene como unidad orgánica el «grupo», la C. N. T. tiene el Sindicato. El grupo y el Sindicato son hermanos, pero discrepan siempre que hay que interpretar una realidad social inmediata y adoptar una actitud. Las discrepancias se resuelven en las asambleas de Sindicatos, y de ellas, surge—lo hemos visto siempre—la interpretación revolucionaria más ajustada a la eficacia. La F. A. I. actúa

en ellas de estimulante unas veces, y otras de revulsivo; pero siempre la última palabra la han pronunciado con una lógica inapelable, las mayorías sindicales. Claro es que por encima de todo está la conciencia de clase, y que la solidaridad entre la F. A. I. y la Confederación N. T., en cuanto se plantee el hecho revolucionario, es perfecta.

Ni la F. A. I. es irresponsable, ni aunque desde el punto de vista burgués lo fuera—posibilidad que todos los entorpecidos rechazan—podría ampliarse esa calificación a los sindicatos. Pero según lo que por «responsable» y «responsabilidad» se entienda—aquí D. Miguel, al tozudo de las etimologías, el glorioso despistado—, nadie que mejor responda de sus actos y de los de sus compañeros que la F. A. I. En lo doctrinal y en la acción. Una prueba de la responsabilidad, de la conciencia de sus actos de las dos organizaciones la están dando en estos momentos, resistiendo la provocación sin perder la cabeza, refrenando su poder y su fuerza para no contestar al reclamo belicoso de la República de Maura. Y no es por temor a la derrota—ya va siendo hora de decir que no se puede destruir a la C. N. T. ni a la F. A. I. sin destruir a España—sino para no interrumpir la oportunidad revolucionaria que el Gobierno de la República, ayudado por un Parlamento sin contenido y sin vértebras—la posición de todas las fracciones es, como ocurre siempre a los que carecen de fe y de capacidad de interpretación, la de «adherentes» y «congratulantes», está poniendo en sazón. El golpe de fuerza lo ha podido dar la C. N. T. y puede darlo en cualquier instante con garantías de éxito. Pero no se trata de asaltar el Poder para aprovechar el mismo sistema estatal, sino de sustituir este sistema vicioso y parasitario, fracasado en todas partes, verdadera cuña entre las clases sociales, que dificulta la armonía del trabajo y la producción, y hace imposible la justicia social por una nueva estructura a base no de instituciones falsas ni de organismos parasitarios, sino de organización y articulación de funciones sociales. La C. N. T. estudia y organiza el tránsito, evitando el colapso económico y la etapa de terror y de hambre. Lenin—recurramos a la autoridad que este nombre tiene incluso para los burgueses—dijo

precisamente a un delegado español que se podían evitar las imperfecciones y las teras de la revolución rusa aprovechando su experiencia y yendo desde el primer momento a un sistema de convivencia social más avanzado y perfecto. Puede que al hablar así pensará en la diferencia de la psicología española y en la entraña doctrinal de la C. N. T., central sindical española perseguida a tiros, combatida a sangre y fuego, y sin embargo cada día más próspera, abarcando nuevos sectores de la producción y minando la vieja y decadente opinión pública española.

Es la verdad grávida—no ligera—y sencilla. Es la verdad henchida de fuerza, de realidad y de porvenir. Puede el Gobierno de Maura seguir bombardeando casas. Eso preocupará, sin duda, a la Cámara de la Propiedad Urbana. Puede poner su fuerza represora al servicio del Wall Street. El capitalismo colonial inglés saltará—como ha saltado ya en Ríotinto bajando caprichosamente los jornales—en busca del mismo trato de favor del capitalismo rival de la U. S. La conducta del Estado con la Telefónica ha revelado de pronto a las potencias capitalistas que aquí hay mesa franca para el coloniaje y la explotación. Ya recibirán la lección por otro lado si no quieren aceptar la de las organizaciones de la C. N. T. Puede seguir encargando la nueva reglamentación del trabajo a Largo Caballero, que es como encargar de reglamentar la libertad de cultos al obispo de Madrid-Alcalá. Lo que no podrá volver a hacer en este periodo constructivo de la Confederación N. T. es aplicar la «ley de fugas», porque los que se solazan con la posibilidad de una guerra a muerte entre la F. A. I. y la C. N. T., de una guerra que inhabilite e incapacite a las dos organizaciones, se han de ver sorprendidos con su acuerdo absoluto frente a la verdadera y dañina irresponsabilidad. Puede seguir el Gobierno declarando que el capitalismo ha fracasado en todo el mundo, y asesinando al mismo tiempo a los obreros. Puede anunciar que va a abandonar Marruecos para afianzar al mismo tiempo un punto de vista imperialista. Puede seguir oponiendo a las realidades sociales más crudas el florilegio retórico y el voto de confianza—de confianza de quién—

Puede seguir jugando a las revoluciones. La respuesta a sus afirmaciones sobre el capitalismo se la darán las potencias capitalistas: a sus frivolidades sobre Marruecos responderá un hecho de fuerza en nuestra zona oriental organizado y fomentado tácitamente por Francia e Inglaterra para obligar a los republicanos españoles a definirse en ese aspecto internacional. A los discursos de ateneo provinciano contestarán pronto la exigüidad de las cosechas, la crisis industrial y la guerra de los Estados Unidos y de Inglaterra contra la peseta. A la labor de Largo Caballero está contestando todos los días de tal manera el proletariado español, que la República tendrá que poner detrás de cada decreto de Trabajo—si no se cambia de táctica—toda la Guardia civil y todo el Ejército, y jugarse la dignidad en testarudos y cruentos empeños de orden público. De esos juegos, de esas trágicas frivolidades, saldrá una sola víctima: el pueblo.

El pueblo está por eso al lado de la C. N. T. y de la F. A. I. Confía en sus cuadros sindicales, en su táctica. Y al pueblo debe decirle la Prensa burguesa la verdad. No hay dictadura irresponsable de la F. A. I. sobre la C. N. T.; ni hay dictadura ni hay un acuerdo perfecto. Pero no es esa una razón de optimismo para la reacción. Es el fenómeno natural de la discrepancia de los núcleos proletarios más fuertes ante la labor revolucionaria constructiva. Las revoluciones sociales comienzan entre las masas obreras. Con estas discrepancias entre C. N. T. y F. A. I. la burguesía debería más bien alarmarse. Vería el síntoma fatal en la lucha entre la C. N. T. y la U. G. T., en la discrepancia antes aludida con la F. A. I. En este último caso, la discrepancia no saldrá de la polémica doctrinal porque no hay razones para otra cosa, porque no puede ser, porque ni en la F. A. I. existen esquirolas ni en los Sindicatos ministros. En fin, resumiendo y volviendo de lo general a lo particular que ha motivado estas li-

neas, hay que dejar sentadas tres afirmaciones: ni los de la F. A. I. son irresponsables ni ejercen una dictadura responsable o no sobre la C. N. T., ni—y esto es esencialísimo—las diferencias de apreciación y de interpretación entre las dos organizaciones les han de impedir en ningún caso ir juntas a la lucha, que es lo que querría la burguesía monárquica y esta nueva burguesía social fascista. Lo que ocurre desde que subió al Poder Berenguer es—repetámoslo—que ha comenzado la labor positiva, la labor constructiva, y que la interpretación del porvenir crea, como siempre, discusión y lucha. La revolución que empieza por abajo.

Hay aún un punto sin aclarar de los que tocaba «El Sol»: la supuesta influencia del «paternalismo humanitario» de Maciá en la C. N. T. Los que han escrito eso desconocen en absoluto la realidad social catalana, y al mismo tiempo creen conocerla demasiado. Hay que insistir en que la influencia es de abajo arriba, lo contrario de lo sucedido en Madrid con la U. G. T. En Cataluña, Maciá y los diputados de la izquierda se han acomodado, en lo que su educación burguesa les permite, a la realidad social de la C. N. T., y no pudiendo desconocerla, se proponen hacer concesiones de doctrina y de principios. Aquí, en Madrid, los republicanos conservadores—no conservadores del nuevo Estado republicano, sino de los viejos privilegios sociales de la Monarquía—han captado a los dirigentes socialistas y han logrado de ellos todo género de concesiones burguesas. ¿Está con ellos la U. G. T.? El tiempo lo dirá. El punto de vista del «paternalismo humanitario», como el de la «dictadura de la F. A. I.», son dos añagazas burguesas que ni llegan a la organización sindical ni ésta comprende. Para mediatizar a la C. N. T. creen que se puede hablar indistintamente buscando el ataque por los flancos—de la F. A. I. y de Maciá. El juego es contraproducente. Buscar la disgregación aunque sea con la cautela con que se ha

hecho, es provocar las fuerzas de cohesión y hacer que la C. N. T. y la F. A. I. tiendan automáticamente a una unidad más compacta. Pero además resulta inconcebible que ante una organización cuya firmeza de doctrinas y cuya severa táctica le hacen chocar constantemente con el Estado, no ya sin debilitarse, sino sin dejar de crecer, se pueda hablar de influencias desviatorias a base de paternalismo humanitario de un político. Los Sindicatos se nutren ideológica y tácticamente de sí mismos; conocen su fuerza y su ruta y pueden influir en otros sectores creando una opinión relativamente afín capaz de producir efectos de espejismo en la Prensa burguesa. De ningún modo pueden ser influidos ni siquiera en la superficie por un hombre ni por una consigna burguesas. Es una conciencia de clases, no una opinión política, lo que alienta en la C. N. T. Ante esa conciencia nada puede una lógica de premisas capitalistas, aunque la encarne no un político burgués, sino un hombre con los ojos y el espíritu neutrales. Es una discrepancia de orden social y también psicológico y temperamental. Pero además están los imperativos de los Congresos, de las Confederaciones nacionales, de los Plenos. Hay una técnica que surge del contraste de las consignas clásicas con las dificultades de cada día y que queda fijada en una disciplina sindical henchida de hechos y de realidades. Esa técnica es la que de momento ha aconsejado mantenerse a la expectativa mientras la República burguesa se hunde en el atolladero parlamentario dando gritos y palos históricos—e históricos, que la historia van juntas desde hace un año, don Miguel—. Contra esa técnica son inútiles las argucias escisionistas, La F. A. I. seguirá siendo el estimulante o el revulsivo y la Confederación la fuerza. Una fuerza que no depende de las promesas del compadrazgo en el Poder que debe estar bien arraigada en la médula española cuando en un año es capaz de cohesionar a un millón

de trabajadores mientras que la U. G. T. en cuarenta años y con todas las facilidades de la promiscuidad con el Estado y la autoridad apenas ha podido conciliar a trescientos mil.

Aclaradas estas cuestiones, que «El Sol» rozaba, la aclaración sorprenderá a muchos intelectuales que cierran los ojos, creyendo así anular la realidad circundante, y que se creen con derecho a someter el mundo a su necesidad de interpretar original y elegantemente lo que no tiene más que una interpretación. La filosofía y las matemáticas plantean hechos abstractos con una solución inmediata que asume ya todas las interpretaciones, y ante la cual se inhabilitan la elegancia y la originalidad. En lo social ocurre lo mismo. A los intelectuales que quieren urdir elegantes interpretaciones, dando a la República una consagración de frivolidad, una estabilidad en la retórica y la poética, habrá que decirles que esto de la C. N. T. no es sólo aquí en España. Que detrás de todas las alarmas de los «craks» financieros, de las crisis bancarias, de la bancarrota actual de Alemania, de la próxima de Italia, de América del Sur, del temor precavido inglés contra Oriente, de China y de Rusia, y de Portugal, y de España, están los Sindicatos esperando. Pero los intelectuales que no comprenden a la C. N. T. ni a la F. A. I., comprenden mucho menos lo que está ocurriendo fuera de España. Si se les explicara con el punto de vista revolucionario no lo entenderían. ¿Cómo? ¿Qué es eso? Lo mismo dirán ante estas cuartillas, sorprendidos o indignados. ¿Cómo? ¿Qué es eso? «Eso» no es nada, señores. Os lo explicaremos apelando a ese acento que tan bien entendéis y que os ha hecho delirar de gozo días pasados en el Congreso; No pasa nada. Es el planeta que se cambia de camisa.

RAMON J. SENDER

Remitido.

Santa María de Huerta.

Ventajas que el obrero obtiene notablemente al sindicarse.

Este pueblo de Santa María de Huerta, donde la mayoría de los obreros dependen de la industria por el número de fábricas de producción cerámica con que cuenta, se encontraba igual hace dos meses, que allá en las épocas de nuestros antepasados.

Al constituirse estas sociedades tan numerosas, lo primero que se ha estudiado es la situación del obrero, llegando con un detenido estudio a encontrar la parte que debe dejarse que también tienen que respetarla los patronos y esta parte está basada en el cambio completamente radical de horas, jornales y clases de trabajos. Además con libertad y facultades para poder hablar pidiendo siempre con justicia.

¿Está bien claro que si no nos sindicamos no nos hubieran llegado estas mejoras? Aquí tenemos el espejo. ¿Qué sucedía en este pueblo hasta no tratar de asociarnos, porque de otra manera nada podíamos conseguir? ¿Se

respetaban las leyes? ¿De ninguna manera...! ¿Por qué tratamos de formar la sociedad y pedimos a nuestros compañeros de Soria que si querían venir a organizarnos? ¿No era pochornoso que en todas las fábricas se venían trabajando once y doce horas por la misera y exigua retribución diaria de 4 y 4,50 pesetas el máximo? De forma que los patronos sabían que debían respetar la jornada legal de ocho horas hace tantos años establecida, pero siguen abusando del pobre obrero, hasta que a él mismo le obligue la necesidad de pedir... Y una vez que les obligan a respetar la jornada con todo el rigor que merece, aun no están conformes y miran esta razón con regular carácter, diciéndoles a los obreros que si no se trabajan más horas tendrán que cerrar sus fábricas porque las ocho horas no reportan bastante para sostenerlas abiertas dándose algunos casos de despedir algún peón porque no aceptaban las peticiones que ellos les proponían.

Ellos dicen que no ignoraban que existían y se debían respetar las ocho horas, solo que como el obrero no podíamos menear los labios, las dejaban pasar por alto quitándoles o tres horas diarias al pobre trabajador para ellos presumir y vivir a lo grande. Y el

pobre obrero viendo estas cosas, dejándose morir sus hijos de hambre o llevándolos desnudos porque con lo que gana no puede cubrir las necesidades más perentorias de su casa. ¿Qué bonito está esto, verdad? Y luego dicen, mira el hijo de fulano que tonto es, si no sabe andar. ¿Pero es que nuestros hijos se quedarían atrás, si nosotros tuviésemos dinero para explotar sus inteligencias que por esta desgracia se tienen que quedar sin saber a dónde podrían llegar...? ¿Y por qué estas injurias, si con el brazo del obrero se crían y se mantienen todas las industrias y riquezas del mundo? Por esto que nosotros somos los que producimos se nos debe de atender y escuchar de otra forma que antes. Y para conseguir nuestras peticiones en busca de mejoras, de ninguna otra forma que manteniéndonos firmes en la sociedad, porque ésta nos ha de proporcionar poco a poco cuantas mejoras nos merezcamos.

La fuerza más grande del obrero es la «unión». Nosotros no tenemos dinero, ni tenemos influencias; pues si no nos defendemos unidos y firmes con nuestras sociedades, volveremos a ser el juguete del capitalista.

Compañeros; no hagais caso de aquellos que os inducen a que os borreis de la socie-

dad, poniéndoos como pretexto que a la que pertenecéis no es más que de «pistoleros» y gente de mal vivir.

Todos estos como patronos que os dicen esto, lo que ellos quieren que desaparezcan las sociedades, porque con éstas ya no pueden burlarse de nosotros. Bien saben estos elementos (pocos por desgracia) que la Confederación Nacional del Trabajo cuenta con personas muy educadas y de una reputación intachable pudiéndolo demostrar en cualquier centro público o en la calle para hacerles convencerse de la ignorancia y equivoco en que viven.

Aquellos que no conocéis los fines y doctrinas de esta sociedad, leer el periódico que se titula «trabajo» y que publican nuestros compañeros de Soria para que os pongáis al corriente y en alguna ocasión podáis contestar a aquellos que os invitan con mucha frecuencia a que desistáis de la C. N. T.

Cuando alguna cosa os ocurra en atención a vuestros trabajos o jornales ponerlo en conocimiento de vuestra sociedad que os escuchará con agrado y os defenderá hasta llegar a la cúspide por el camino de la verdad y de la razón.

C. R.